

## 6. EL CONOCIMIENTO ESPIRITUAL

Si no hemos conseguido comprender es porque imaginamos el conocimiento como un conjunto de teoremas y una acumulación de proposiciones. Pero esta no es una sabiduría elaborada a base de teoremas, sino una totalidad; no una multiplicidad de detalles reducidos a la unidad, sino más bien una unidad manifestándose en los detalles. La verdadera sabiduría es, pues, el ser real, y el ser real es sabiduría. (Plotino)

El conocimiento es lo que define al ser humano. Por esa razón se ha denominado a la especie humana *homo sapiens*. El ansia de conocimiento, de aprender más y más, de comprender, se encuentra en el corazón del hombre. Cicerón decía: «La naturaleza ha sembrado en nuestras mentes un anhelo insaciable de ver la verdad».

En otras culturas se valoraba, sobre todo, otro tipo de conocimiento: ese al que se refiere la famosa frase «Conócete a ti mismo». Olvidando cada vez más la dimensión interior del hombre, Occidente se ha ido volcando hacia un conocimiento exclusivamente exterior que no se interroga acerca de *quién* es el sujeto de ese conocimiento:

Durante varios siglos, la civilización occidental ha funcionado bajo el supuesto de que podemos comprender el universo sin comprendernos a nosotros mismos. (Jacob Needleman)

¿Cuál es la «facultad mental» que proporcionaría un conocimiento superior a la razón? En la filosofía antigua —y eso en países, culturas y tiempos muy distintos— se definía esta función de la mente como «intelecto». Mientras que la razón funciona paso a paso, en el tiempo, mediante pares de opuestos, el conocimiento que proporciona el intelecto es directo e inmediato —sin mediación o intermediario—, instantáneo, independiente de toda sensación o emoción, más allá de todo concepto o representación, unitivo y más allá de la duda.

En palabras de Platón:

Existe un ojo del alma que [...] es mucho más precioso que diez mil ojos corporales, pues solo con él se ve la verdad. [...] Como el ser es al devenir, así es el intelecto puro a la opinión. Y como el intelecto es a la opinión, así es la ciencia (*gnosis*) a la creencia, y la comprensión a la percepción de las sombras.

Por su parte, Plotino habla de «otro intelecto, distinto del que razona y es llamado racional».

El intelecto (*nous* en griego, *intellectus* o *intellectus agens* en latín, *buddhi* en sánscrito, *aql qodsi* en árabe, *lo* en tibetano) es la facultad que nos permite discriminar, prestar atención y ser conscientes de nosotros mismos.

Otro caso muy conocido son las intuiciones que se dan en el campo de la ciencia, que permiten la solución de complejos problemas o la apertura de nuevos caminos. La solución del problema se le presenta con frecuencia al científico de forma inesperada, no cuando se encuentra razonando sobre él sino cuando está realizando otra actividad. Son

conocidos los casos de Kekulé, que «comprendió» la estructura química cíclica del benceno cuando tuvo un sueño en el que vio el *ouroboros*, la serpiente mítica que se muerde la cola, y de Nicolas Tesla, que tuvo la idea del motor de corriente alterna cuando leía en voz alta el *Fausto* de Goethe. D. S. Kothari cuenta:

Los nuevos teoremas, salvo que sean triviales, primero se “descubren” y posteriormente se prueban. El descubrimiento es una imaginación inspirada, un destello de comprensión. No es un proceso paso a paso, sino una especie de salto cuántico de una imaginación preparada. La explicación racional de un descubrimiento, la prueba, no precede al descubrimiento sino que lo sigue.

Al-Ghazali, convencido de que los escritos de los sufíes reflejaban experiencias auténticas, abandonó su brillante carrera académica para seguir el camino sufí. Al final de su vida, en su *Tabernáculo de las luces*, escribía, explicándole a un amigo lo que había aprendido por experiencia propia:

¡Sábelo pues! Hay efectivamente en el corazón del hombre un ojo que posee esta clase de perfección. Se le llama a veces intelecto (*aql*), a veces espíritu (*rÊh*), y otras, alma humana (*nafs insÈnÏ*). [...] Has comprendido pues [...] que hay dos clases de ojos: un ojo externo y un ojo interno. El ojo externo pertenece al mundo sensible y visible, el ojo interno pertenece a otro mundo, que es el del reino celeste (*MalakÊt*). [...] Hay pues un nivel situado más allá de la razón, donde se manifiesta lo que no se manifiesta a esta. Y esto es perfectamente admisible, incluso para ti que estás apegado al mundo racional. No es más difícil de admitir que el hecho de que la razón esté más allá del discernimiento y la sensación, y que puedan revelársele cosas extraordinarias y maravillosas, fuera del alcance del discernimiento y la sensación. [...] Cuando el intelecto se libera del velo de la conjetura y la imaginación, lo cual es muy difícil, no se puede pensar que se equivoque.

Para Santa Teresa, este es «un conocimiento directo, sabroso, en que se llega a saber algo, no por noticia objetiva, sino por haberlo vivido o padecido en el propio ser». «Esto es visto por experiencia, que es otro negocio que solo pensarlo y creerlo».

El conocimiento intelectual no es ilógico —no podría serlo, pues la lógica es una ley del mundo—, sino que proporciona una visión que la lógica solo puede tantear, al igual que la vista da una visión más amplia que el tacto, sin contradecirle. La inteligencia humana no se reduce a la razón. Una inteligencia completa necesita el uso de estas dos facultades: la intuitiva y la analítica.

San Agustín de Hipona insistía en que «todo lo que tenemos que hacer en esta vida es restaurar la salud del ojo del corazón, por el cual se puede ver a Dios».

Al final de su vida, durante una misa matinal santo Tomás tuvo una revelación espiritual. A partir de entonces se negó a continuar con su obra filosófica (que permaneció incompleta), diciendo: «Tales cosas me han sido reveladas que ahora todo lo que he escrito se me aparece como de tan poco valor como la paja».

Por varias y complicadas razones, la atención de los europeos se volvió poco a poco del mundo del espíritu al mundo físico. Y uno ve solamente lo que mira. Desde el siglo

XIV ha habido un declinar en la vida espiritual europea: queda claro cuando vemos cómo el estado contemplativo como fuente de conocimiento fue quedando subordinado al esfuerzo ultrarracionalizador de la teología. Los siglos posteriores alejarían aún más a los «intelectuales» del conocimiento proporcionado por el intelecto para embarcarlos en caminos muy distintos. Finalmente, Kant estableció filosóficamente la imposibilidad de conocer las cosas tal como son.

El pensamiento y la razón funcionan a base de polaridades: blanco o negro, alto o bajo, verdad o mentira, sujeto y objeto. Su misma naturaleza es dividir, clasificar, comparar; intentan comprender el mundo a través de categorías y conceptos. No pueden ver la unidad, la realidad como un todo, pues para su misma operación diseccionan y dividen. La visión espiritual es unitiva: actúa anulando la división entre sujeto y objeto, así como las de las otras polaridades, y revela «cosas» inexpresables en términos lógicos (de ahí su frecuente traducción a términos poéticos, mitológicos o paradójicos).

La intuición intelectual, o contemplación espiritual, no es algo a lo que pueda acceder fácilmente la gran mayoría de los seres humanos. Una visión intelectual clara necesita de un proceso previo de purificación, un largo período de ascesis, observación y control de nuestra mente.

El conocimiento científico de alto nivel no es en absoluto accesible a todo el mundo. Requiere largos años de estudio y de práctica, y la gran mayoría de la población —e incluso científicos de diferentes especialidades— es incapaz de verificar su validez o incluso de entender el asunto más que de modo muy elemental. Solo tras un largo estudio y una práctica constante podrá el científico participar en la empresa común. Esta progresiva capacitación tampoco garantizará que el estudiante vaya a llegar a ser un gran científico; solo unos pocos llegarán a convertirse en genios.

Nicéforo el Hesicasta expone los prerrequisitos para poder entregarse al «método de la santa atención»:

Ante todo es preciso tener en cuenta tres cosas: primera, no alimentar ningún género de preocupaciones; segunda, tener conciencia pura, que no te reproche nada; tercera, estar completamente desprendido, de manera que tu sentido no se incline hacia ninguna seducción de este mundo.

El Buddha predicaba: «He visto la verdad, vosotros también podéis verla. Venid y vedla». Y exhortaba a sus seguidores a tratar sus sermones como el joyero que solo afirma de una pieza que es de oro tras probarla, calentarla y frotarla: «Oh monjes, aceptad mis palabras tras examinarlas y verificarlas, no las aceptéis simplemente por respeto a mí».

William Law:

No estás aprisionado por ningún otro enemigo, nadie más te tiene en cautividad, y no necesitas más liberación que la del poder de tu yo terrenal. Este es el único asesino de la vida divina dentro de ti. Es tu propio Caín que asesina a tu propio Abel.

Según Al-Ghazali la tarea del sufí es purgar su corazón de todo lo que no sea Dios. San Pedro de Alcántara exclamaba impaciente: «Oh Señor, ¿cuándo estará muerto todo lo contrario a Ti que hay en mí?».

Lo que ocurra depende de Dios, o, según otro enfoque, de nuestro destino. Preocuparnos por ello no cambiará nada. Abandonando todas nuestras preocupaciones a Dios, permanezcamos en paz. Según Ramana Maharshi:

Si sabemos que el tren lleva toda la carga, ¿por qué deberíamos los pasajeros que viajamos en él cargar nuestros pequeños equipajes individuales sobre nuestras espaldas, en vez de colocarlos sobre el suelo y sentarnos cómodamente?

Swami Sivananda:

Si hay mangos en la parte alta de un gran árbol, no te pones a dar saltos para cogerlos. Es imposible. Trepas progresivamente por el árbol agarrándote a las diferentes ramas y así alcanzas la parte alta del árbol. Del mismo modo, tampoco puedes saltar enseguida a la cima de la escala espiritual. Tendrás que colocar tus pies con prudencia en cada peldaño.

Ramakrishna pasó por un periodo de gran angustia causada por su vehemente deseo de tener la visión de Kali, la Madre divina, y le preguntaba ansiosamente: «¿Eres real, Madre, o es todo una ficción de la mente, mera poesía sin realidad alguna? Si existes, ¿por qué no puedo verte? ¿Es, acaso, la religión una fantasía, un castillo en el aire?». Finalmente tuvo la esperada visión, que él mismo narró de este modo:

De repente, se me reveló la santa Madre, y caí inconsciente al suelo. Ignoro qué sucedió luego en el mundo exterior [...], pero dentro de mí había un flujo ininterrumpido de puro gozo, siempre renovado, y sentí la presencia de la Madre Divina. [...] Los edificios, el templo y todo lo demás desaparecieron de mi vista sin dejar rastro alguno y, en su lugar, se extendía un océano de Consciencia luminosa, ilimitada e infinita. Tan lejos como podía ver, ¡vórtices brillantes se abalanzaban sobre mí de todas partes con un ruido atronador, prestos a engullirme! En un abrir y cerrar de ojos llegaron hasta mí y me envolvieron por completo.

R. M. Bucke, que investigó en profundidad este tema tras vivir una experiencia similar, describe las experiencias de lo que llama «consciencia cósmica»:

La principal característica de la consciencia cósmica es una consciencia del cosmos, esto es, de la vida y el orden del universo. Junto con esta consciencia del cosmos sobreviene una iluminación intelectual que coloca al individuo, como si dijéramos, en un nuevo plano de existencia, que le hace casi miembro de una nueva especie. A esto se añade un estado de exaltación moral, una sensación indescriptible de elevación, de júbilo y felicidad [...]. Junto con esto aparece lo que se puede llamar el sentido de inmortalidad, una consciencia de la vida eterna; no una convicción de que la alcanzaremos, sino la consciencia de que ya la poseemos.

Ricardo de San Víctor explica así lo que ocurre en el éxtasis:

Cuando la mente del hombre es llevada más allá de sí misma, todos los límites del razonamiento humano son sobrepasados. Pues todo el sistema del razonamiento humano sucumbe a aquello que el alma percibe de la luz divina, cuando es elevada por encima de sí y arrebatada en éxtasis. [...] Quien es arrebatado fuera de sí en el

éxtasis sale como de una tienda al encuentro del Señor que llega, y lo ve cara a cara, contemplando la lumbrera de la más alta sabiduría sin ningún velo o sombra de imagen; no en un espejo ni por enigmas (1 Cor 13.12), sino, como he dicho, en su verdadera esencia. [...] Pues, en el éxtasis, la mente se sustrae a su ambiente habitual; inmersa, por decirlo así, en el sueño, se mueve en la contemplación de las cosas divinas, lejos de las preocupaciones humanas.

Swami Ramdas cuenta cómo un día todo el mundo se tornó Rama (Dios) para él, y cómo este estado se hizo más tarde permanente:

Y una mañana llegó de forma apocalíptica cuando, de pronto, todo el paisaje cambió: ¡Todo era Rama, nada sino Rama, dondequiera que Ramdas mirase! Todo estaba penetrado de Rama, de forma vívida, maravillosa, extasiada: los árboles, los matorrales, las hormigas, las vacas, los perros... Incluso las formas de vida inanimada palpitaban con la maravillosa presencia del Rama único. Y Ramdas comenzó a bailar de alegría [...] y se precipitó sobre un árbol que tenía delante, al que abrazó ¡porque no era un árbol, sino el mismo Rama! Un hombre pasó por allí, y Ramdas corrió hacia él y lo abrazó, gritando: «¡Rama, eh Rama!» El hombre se asustó y salió corriendo. [...] La alegría y la beatitud llegaron a ser permanentes, como un torrente precipitándose monte abajo hasta que se transforma en un plácido curso de agua límpida. Esta experiencia se llama *sahaja samadhi*, en la que no puedes perder la consciencia de ser uno con el Uno que se ha transformado en todo, en la que sientes que eres uno con todo porque te has dado cuenta de que todo es Él, el Uno-sin-segundo.

Hildegarde de Bingen, identificada con el Espíritu inmanente, exclamaba:

Soy esa fuerza suprema y ardiente que despide todas las chispas de la vida. La muerte no me afecta, pero soy yo quien la distribuye [...]. Soy esa esencia viva y ardiente de la sustancia divina que fluye en la belleza de los campos. Brillo en las aguas, ardo en el sol, en la luna y en las estrellas. Mía es la fuerza del invisible viento. Yo mantengo el aliento de todos los seres vivos, respiro en el verdor y en las flores, y cuando las aguas fluyen como seres vivos, eso soy yo. [...] Yo soy la fuerza oculta en el viento, yo soy el origen de todo, y así como el hombre puede moverse gracias a su respiración, el fuego arde gracias a mi ardor. Todos viven porque yo estoy en ellos y yo soy parte de su vida. Yo soy la sabiduría. Mío es el tronar de la palabra que hizo nacer todas las cosas. Yo impregno todas las cosas para que no mueran. Yo soy la vida.